

HEPATITIS / EXTERMINIO DE LOS INDIOS**RECORRIENDO EL AMAZONAS / 1****MADEREROS Y BUSCADORES DE ORO LLEVARON LA HEPATITIS A LOS PRIMEROS INDIOS. TRIBUS NÓMADAS LA EXTENDIERON POR LA SELVA**

VIENE DE LA PÁGINA 1 / todos ellos una inquietante pregunta: ¿qué empuja a unos indios con fama de belicosos a reclamar la presencia de sus tradicionales enemigos blancos a la orilla de un gran río? ¿Estarían enfermos? ¿Enfermos de hepatitis?

Porque al menos 3.500 indígenas que ya pasaron por el proceso del contacto están siendo diezmados por la hepatitis.

Se están muriendo.

Así de claro. Así de público. Y ante los ojos del mundo, dentro de este escaparate que todavía es para muchos la selva amazónica. Los blancos les contagiaron el virus en aquellos primeros contactos. De forma deliberada —regalándoles ropa contaminada— o inconscientemente, tratando de organizarles para mejorar sus posibilidades de supervivencia. Da igual. Comenzaron a morir y el goteo aún continúa.

Nos lo cuentan en Atalaia do Norte, el pueblo brasileño que sirve de entrada al área indígena del Valle del Javari, uno de los grandes afluentes del Amazonas. Hasta aquí hemos llegado en nuestro viaje de un mes siguiendo el curso del rey de los ríos, recorriendo la misma ruta que su descubridor español, Francisco de Orellana, hace 465 años.

MÁS DE 5.000 KILÓMETROS

De Quito a Belem do Pará. Más de 5.000 kilómetros de agua y vegetación siendo testigos de lo que pasa en este jardín del planeta tras cinco siglos de explotación y caos humano. En tiempos del cambio climático pretendemos hacer un somero diagnóstico, cuatro denuncias, sobre su degradación a manos del hombre.

En Ecuador dejamos una selva con olor a gasolina, contaminada por las petroleras. En Perú estuvimos en campamentos clandestinos de madereros que están derribando grandes superficies de selva. En todos lados contemplamos paraísos ensuciados por la acción humana, injusticias sociales, desequilibrios monstruosos, historias maravillosamente positivas también. Pero nada nos conmocionó tanto como la situación de estos indios.

El 25% de los que habitan este valle, según datos del Gobierno brasileño, son portadores del virus de la hepatitis B en su forma crónica. Un virus cuya capacidad de transmisión es diez veces mayor que la del VIH

(sida) y que es hoy la novena causa de muerte en el mundo. Ya hay más de medio centenar de muertos y un contagio mensual de media. Algunas aldeas están tan afectadas que ya han entrado en lo que los técnicos llaman «crecimiento cero» —nacen menos de los que se mueren— lo que es un primer paso para la extinción segura. Y la ayuda no aparece.

Atalaia está cerca de la llamada triple frontera, un punto selvático

donde confluyen los límites de tres países: Perú, Brasil y Colombia, con sus respectivas poblaciones —Santa Rosa, Tabatinga y Leticia— conviviendo separadas apenas por una calle o el propio río. El movimiento de pueblos es grande y la circulación de todo tipo de mercancías —droga, madera ilegal y especies animales incluidas— ha aumentado la presión sobre la selva virgen que la rodea. Y sobre sus moradores.

HOSPITAL. En la Casa del Indio de Atalaia do Norte pacientes y familias cuelgan hamacas para su convalecencia. Algunas mujeres van a dar a luz y a que vacunen a sus hijos. Otros recelan. Prefieren no ser tratados.



350.000 INDIOS. Son los que sobreviven en las 215 comunidades que existen en Brasil. Además, hay otros 200.000 viviendo en las ciudades en condiciones miserables.

7 MILLONES. Era el número de indios, repartidos en un millar de tribus, que vivían allí cuando Orellana recorrió la selva.

PELIGRO DE EXTINCIÓN. Según Survival, la tercera parte de las tribus tiene menos de 200 individuos y pueden desaparecer.

40 TRIBUS AISLADAS. Aunque no hay muchos datos, se teme que todas juntas no sobrepasen los 2.000 individuos.

20% DE LA TIERRA. Es lo que les corresponde oficialmente tras ser demarcadas sus áreas. Pero nadie las respeta.

MORTALIDAD. Las estadísticas dicen que la mitad de los indígenas mueren pocos años después del primer contacto.

En la plaza central, un descomunal ninot representando a San Sebastián traspasado de flechas preside el paso del río a modo de presa-gio. A su espalda se levanta el hospital de la Casa del Indio, un bonito recinto abierto por Médicos Sin Fronteras hace 10 años para acoger y tratar a las víctimas de la epidemia desatada en la época.

Cada tribu dispone allí de su espacio propio: una gran choza hexagonal y diáfana, de hormigón, donde los pacientes y sus familias cuelgan las hamacas para pasar en ellas su convalecencia. Todas están llenas de indios enfermos. Indios de mirada triste, ojos acuosos y con un tono de piel amarillo aceitunado nada natural. Pasan semanas, meses, en estos cuartos sin nada que hacer. Sus mujeres elaboran collares con semillas que con suerte venderán a algún periodista extranjero. Las más jóvenes dan de mamar una y otra vez a sus bebés. Probablemente estamos asistiendo a la transmisión de alguna enfermedad a través de la leche materna.

Una veintena de representantes de las principales tribus —*marubos*, *matís* y *mayurunas*—, nos reconstruyen una historia que arranca en los años 80, cuando los buscadores de oro llevaron al estado de Roraima, al norte de Brasil, las enfermedades que mataron a 2.000 *yanomamis*. Fue la primera vez que el mundo entero se enteró de que en la romántica selva amazónica también ocurrían genocidios como éste. Genocidios que ahora se repiten.

La dimensión de la catástrofe humanitaria obligó a la Fundación Nacional del Indio, Funai, a destacar a todos sus equipos en el área de la epidemia. Meses después los funcionarios gubernamentales regresaron a sus puestos. Pero estaban contaminados. Venían con paludismo, que se expandió por toda la población recién contactada del Valle del Javari como un ángel de la muerte. Endémica hasta hoy, cuando ya los mosquitos se han tornado resistentes y campan a su antojo, la malaria continúa matando aliada con otros jinetes apocalípticos llegados con el blanco: la hepatitis y la tuberculosis.

Fue el comienzo de la tragedia.

Coincidiendo en el tiempo, los indios *mayurunas* de las aldeas del norte del Valle se contagiaron de estas enfermedades por el contacto con los madereros peruanos fronterizos. Por su carácter nómada, en sus desplazamientos esparcieron el mal por todo el territorio con los casamientos entre etnias. La primera muerte se registró en 1985 en la aldea Lamirão. La última, hace unas semanas, cuando una joven se suicidó al saber que estaba contaminada de hepatitis. No quiso encarar el destino de su hermano, fallecido semanas antes en medio de terribles dolores.

HOMBRES GATO RUBIOS

A los *matís*, llamados también *hombres gato*, indígenas muy tradicionales de rostros tatuados y perforados, les sucedió algo similar. Antes del contacto, en 1973, vivían en permanentes escaramuzas con los ribereños del Javari, colonos y extractores de madera. Cuando los blancos los masacraban, los indios respondían con venganzas en las que, según su costumbre, se llevaban consigo las mujeres y niños de sus víctimas. De hecho, en el hospital encontramos algún *matís* rubio. Así se contaminaron y la hepatitis nunca más les abandonó.

Una epidemia de gripe redujo su población a la mitad pocos meses después del contacto. Diez años más tarde apenas quedaban 83 individuos, menos del 10% de los que vivían antes de *rendirse* ante el hombre blanco. Gracias al trabajo realizado con ellos por la Funai y muchas ONG, consiguieron recuperar su equilibrio demográfico, psicológico y cultural, y a finales de 2005 su población fue estimada en 285 personas. Hasta que comenzó una nueva hecatombe...

Las muertes se sucedieron en su